

ESCEPTICISMO Y TOLERANCIA EN JUAN BERNIER

RAFAEL MIR JORDANO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Que de mi estimación por Juan Bernier viene desde antiguo, hay prueba documental. Con la data de Marzo, Abril 1958, apareció "Revista del Mediodía" que codirigió en su fugaz existencia; y en su primer número, bajo el título Dos Poetas Andaluces, se publicaron, con otros de Rafael Porlan, cuatro poemas del libro de Bernier, entonces inédito, "Una voz cualquiera", con la pretensión de "ser un toque de atención hacia la obra de este extraño e intenso cordobés".

Por cierto, que dos de los cuatro poemas publicados, "Borracho" y "Oración", suelen ser señalados entre los mejores del poeta.

Y esta estimación, por encima de la diferencia de veinte años de edad, ha sido siempre correspondida y se ha mantenido hasta el final. La mutua estimación se ha puesto de manifiesto, asomados ambos al socavón de la arqueología, unidos en la preocupación por el Patrimonio Histórico Artístico, o simplemente en la vida cotidiana, en la tertulia del vino, tantas veces conversando, en el peor lugar de Córdoba para conversar, en la ruidosa esquina de Ronda de los Tejares con Cruz Conde.

Posiblemente esta estimación se explica porque valoro en grado sumo el escepticismo y la tolerancia que, como sugiere Vaz de Soto en su reciente "Manifiesto andaluz", caracterizan a los andaluces frente al resto de los españoles.

El escepticismo de Bernier se manifiesta ante el dogma político; dogma con el que tantos y tantos trataron de justificar la terrible matanza de nuestra guerra civil. Respecto a su participación en ella, confesaba sencillamente a Antonio Rodríguez, en el "Cuaderno del Sur" de 16 de Marzo de 1989: "...yo estuve en Teruel, porque me cogió en la parte nacional". Y por si no hubiese quedado claro el predominio del azar sobre la ideología en la participación, añade: "...hubiera luchado lo mismo en un lugar que en el otro". Pero este distanciamiento de la pasión fratricida, a mi modo de ver encomiable, no implica indiferencia por sus terribles consecuencias, y por ello nos escribió:

"los que leéis Historia no habéis visto la sangre, sangre chorreando de las sienes, charcos coagulados en el suelo"

El escepticismo, que no sólo es incredulidad, sino también la duda acerca de la verdad o eficacia de alguna cosa, está también en la perspectiva religiosa de Bernier.

Dice a Dios:

"Tú que eres la última cosecha de una siembra de duda".

¡Ahí queda este verso!

Y a la Iglesia exige:

"quítate el manto de púrpura, el báculo de oro, baja los escalones marmóreos de los tronos por donde has reptado entre incienso y lloros".

Por eso, quizás acierta Guillermo Carnero cuando escribe:

“Desde una actitud que bordea el agnosticismo llega J.B. a intuir la función social de la idea de *Dios* dentro de la del mundo sustentada por la clase explotadora. La cuál es un grado de conciencia nada despreciable, teniendo en cuenta donde y cuando se produce”.

Y este escepticismo característico, alcanza al propio valor literario que se le atribuyen a él mismo y a su grupo, no como signo de humildad, sino, según creo, como muestra de inteligencia. Dice a Antonio Rodríguez “...lo que no debemos pretender los de Cántico es pensar que somos el *summum* de la poesía, sino que dentro de nosotros mismos hemos procurado poner lo mejor”. Me pareció percibir en él que cuando los homenajes y distinciones comenzaron a repetirse, los recibía con el mismo cierto cansancio con que antes recibió los varios años de negaciones y desconocimiento.

La admirable tolerancia de Bernier deviene en primer lugar de su escepticismo porque, como es sabido, la intransigencia nace, como un forúnculo venenoso, del dogmatismo. Sólo el *islamismo fundamentalista* puede llegar a condenar a muerte a un escritor por el solo hecho de escribir un libro.

En segundo lugar explica la tolerancia de Bernier su humanismo, haciendo equivalente este vocablo, como él hacía, con la cualidad de buena persona; humanismo que con tal acepción y en su bondad, él hacía extensible, muy discutiblemente, a Cervantes y Shakespeare.

Y en tercer lugar, la tolerancia de Juan Bernier tiene su fundamento en su amor a la naturaleza, a los horizontes naturales, y a los libros, a la lectura. Respecto al primero de estos amores, aprendido junto a los arroyos, las eras y los encinares de La Carlota y Las Pinedas, dijo en una ocasión: “...la verdadera vida se está olvidando por la masificación y por la ausencia del horizonte natural”.

Y respecto al segundo “Mi vida surgió procurando hermanar toda esa serie de cosas con las apetencias y vivencias que me venían del mundo de los libros”.

No es difícil evocar la imagen de un Juan Bernier joven en el comienzo de la fragua de esa admirable personalidad que aquí me he limitado a esbozar: sentado en el suelo, leyendo un buen libro, a la sombra de un árbol, una tarde calurosa de un verano cordobés.